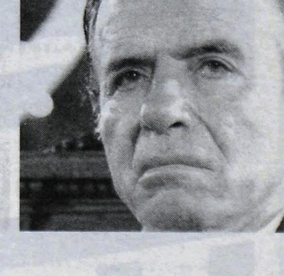
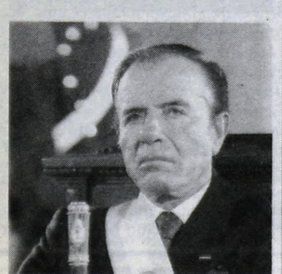
SUPLEMENTO ESPECIAL

10 años con Menem

Carlos Menem hoy no dormirá en Olivos. Terminaron más de diez años de gobierno de lo que, admirativa o críticamente, se dio en llamar menemismo. Este suplemento intenta acercarse a ese fenómeno rastreando en los momentos emblemáticos que lo definieron. Desde los más sutiles a los que nadie puede dejar de lado. Once miradas personales sobre once instantes que pueden resumirlo todo.

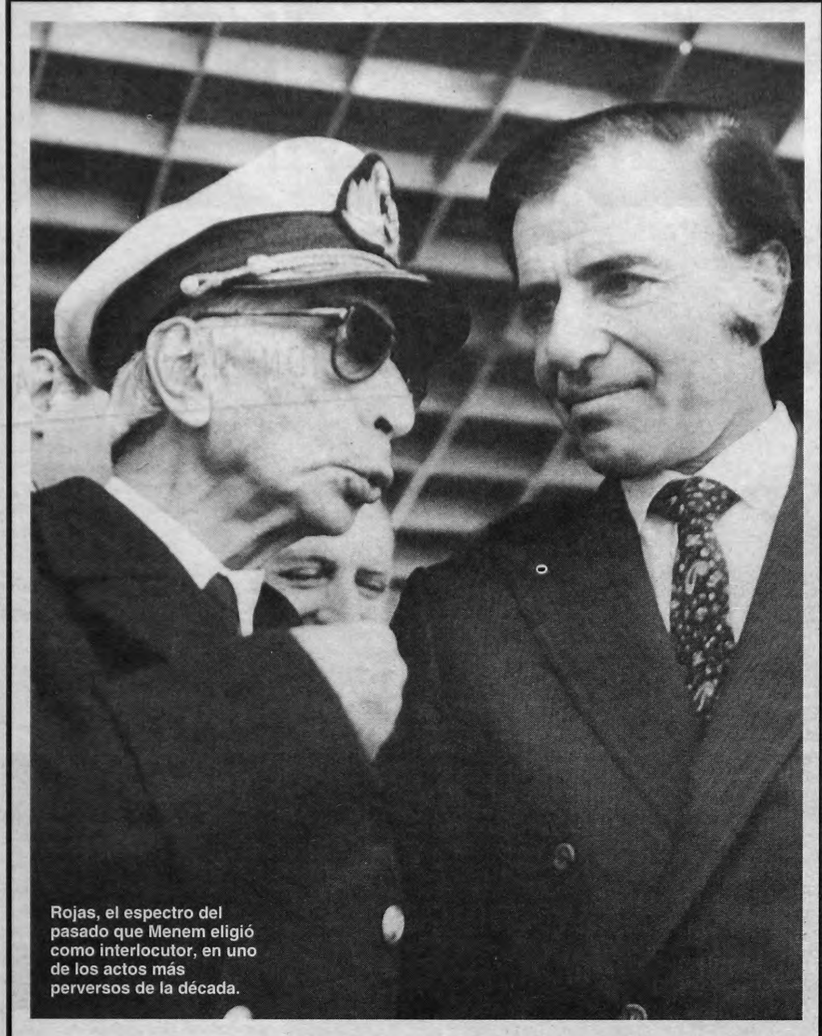












Rojas, el espectro del pasado que Menem eligió como interlocutor, en uno de los actos más perversos de la década.

El Beso

Por Horacio Verbitsky

En octubre de 1989 Menem visitó durante una hora en el Hospital Naval al octogenario almirante Isaac Francisco Rojas. "Nos miramos a los ojos y le manifesté mis deseos de que tuviera una gran presidencia. El me dio un beso", explicó el marino.

No era una potencia económica dentro del país, como Bunge & Born, ni fuera, como el Citibank, con los que el presidente acordó su plan de gobierno. No amenazaba la estabilidad institucional como los carapintada ni enfeudaba el futuro como la hiperinflación. Las armas que tres décadas antes había apuntado contra las refinerías de petróleo emblemáticas de la independencia económica y contra los pechos de quienes se alzaron contra su dictadura ya estaban tan anquilosadas como su cuerpo y su mente. Ese pellejo reseco no se arrepentía de nada y declaró que de repetirse las mismas circunstancias volvería actuar del mismo modo. A las puertas de la muerte, Rojas sólo existía como Enemigo Histórico Número Uno del peronismo, el masacrador de los basurales de José León Suárez, un puro símbolo sin espesor político real.

Es cierto que los tiempos cambian, que en muchos lugares del mundo los viejos enemigos han aprendido a convivir en paz, cosa que los pueblos agradecen, que luego de tanta sangre Francia y Alemania construyeron juntas una nueva Europa, pero sin pasiones de conversos, ni pasmosas confusiones entre una serena aceptación de los hechos del pasado y la promiscuidad con sus aspectos más execrables. Ni De Gaulle abrió sus brazos a Pétain, ni Adenauer franqueó los muros de Spandau para confraternizar con Rudolf Hess, por respeto a sus pueblos, por mera autoestima, porque la historia del sufrimiento humano establece ciertos límites que la decencia impide franquear. Al elegir a ese espectro del pasado como interlocutor, Menem realizó uno de los actos más perversos de la larga década que ahora termina. Perverso, pero no gratuito. Con el lenguaje de los símbolos advirtió que sería tan cruel con el pueblo como lo había sido aquel anciano decrépito al que no tuvo repugnancia en besar, que lo sería en defensa de los mismos intereses y que no se detendría ante nada para servirlos. Por eso, a la hora de elegir los momentos clave de su gobierno no encuentro ninguno tan significativo como el beso de la traición.

En el principio

Por J.M. Pasquini Durán

Carlos Menem ocupó el centro de la escena política durante más de once años, desde que en 1988 derrotó a Antonio Cafiero en la interna peronista para presentarse como candidato a suceder a Raúl Alfonsín en la Presidencia de la Nación. Aquel pintoresco cacique riojano, con el rostro enmarcado por dos gruesas patillas que evocaban a los caudillos federales del siglo pasado, era un enigma abierto. Para algunos era el clásico demagogo populista que provocaría al antiperonismo más cerril. Para otros, en cambio, era la oportunidad propicia para sustituir la "economía de guerra" de Alfonsín por un compromiso con las ideas conservadoras, bautizadas luego en Francia como "pensamiento único", que habían inaugurado la década de los años '80, la "década perdida" de América latina, bajo la hegemonía de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Ahora que acabó, algunos creen que la respuesta al enigma fue una combinación de esas presunciones fundantes, reunidas bajo el calificativo de conservadurismo populista.

La asociación de Menem con la idolatría conservadora del mercado fue bautizada, con presuntuosidad excluyente, como "el modelo", una manera dogmática de indicar que no existe alternativa posible en el presente ni en el futuro. ¿En qué momento aquel clásico peronista patilludo cambió el rumbo hacia un destino que le consiguió el aplauso de personajes como los Alsogaray, Adalbert Krieger Vasena, José Alfredo Martínez de Hoz, Roberto Alemann y la plana mayor del capitalismo más concentrado y transnacional, sobre todo de los banqueros del país y del exterior? La fecha inicial de la transfiguración podría ubicarse el 18 de septiembre de 1988, después de ganar la interna, cuando acudió a la sede de la corporación Bunge & Born (B&B) para desayunar con un selecto grupo de capitanes de la industria. Los primeros contactos, según las crónicas de la época, es-

Por Martín Granovsky

Entró al hotel Claridge's de la mano de Zulema María Eva. Ella tenía la sonrisa instalada en los labios, como esperando la aparición de un fotógrafo de *Hola*. El estaba radiante.

–¿Qué le pareció el palacio? –preguntó una periodista.

Carlos Menem hizo un gesto de ensoñación y no pudo hallar la palabra exacta.

–¿El palacio? Y... es un palacio.

Era el 28 de octubre de 1998 al mediodía, el sol brillaba sobre Londres y Menem venía de almorzar con la reina Isabel II. Incluso había roto el protocolo de la Corona. La reina es intocable, literalmente, pero el Presidente hasta le había puesto un ponchito de vicuña sobre los hombros.

Los argentinos pacatos –los tibios, diría Menem, ésos a quienes vomita Dios– vivieron el episodio como un papelón. Los menemistas, como una travesura. Dentro de esa lectura paralela, de líneas que no se cruzan, transcurrieron los principales gestos de política exterior de los últimos diez años.

Los británicos son gente celosa de sus tradiciones, pero ese día les importó muy poco un poncho en Sus Reales Hombros si, a cambio, podían volver a la época dorada que sus diplomáticos suelen recordar hoy sin rubor: la Argentina de fines del siglo XIX como el gran mercado para los productos británicos, del poncho al ferrocarril.

La gestualidad de Menem fue, durante diez años, una gestualidad de shock. Creyó que tendría éxito si desmontaba el mito del peronismo como etiqueta de un movimiento nacionalista, populista, antiimperialista, a veces fascista, siempre incorregible. Y se convenció de que, además, debía sobreactuar cada decisión.

No sólo ordenó abandonar las votaciones en la ONU por Malvinas. "Dejen ese torneo", ridiculizó.

Fue más allá del alineamiento automático. Festejó cuando Guido Di Tella pasó a la historia con sus "relaciones carnales" y dijo que George Bush y él eran "del mismo palo". Incluso enterneció a los norteamericanos cuando en una fría mañana a fines del '91 remató su discurso pidiendo la bendición para Bush con un *God bless you* que chirrió como "Gud blis you", dos



La amistad presidencial con el grupo Bunge & Born marcó el nacimiento del "modelo".

tuvieron a cargo, entre otros, del "Tata" Yofre, que ya era colaborador de Mario Hirsch, hijo de uno de los fundadores de B&B; de Julio Bárbaro, que frecuentaba a Jorge Born III, nieto de fundador; el "Buscapié" Cardozo y el sindicalista Jorge Triaca.

A partir de entonces, las reuniones continuaron en Buenos Aires y en La Rioja, hasta que en la noche del 23 de mayo de 1989, en su Falcon azul, el que ya era presidente electo llegó a la misma sede empresaria, en Alem al 400, para escuchar los detalles del Plan B&B, que sería el primer programa económico de su inminente gobierno, y aceptar como ministro ejecutor a Miguel Roig, un ejecutivo jubilado de la corporación, que murió en funciones y sería sustituido por Néstor Rapanelli, por entonces vicepresidente del conglomerado, uno de los más antiguos de la Argentina, con ramificaciones comerciales de alcance internacional, que comenzó exportando trigo argentino en 1871. En la puja por el control de la economía llegó en segundo lugar la Fundación Mediterránea, con Domingo Cavallo a la cabeza, que debió esperar casi dos años, hasta enero de 1991, para instalar la convertibilidad y el ajuste como normas de vida, con todas las consecuencias conocidas.

En el principio, el Plan B&B se suponía inspirado en las ideas del estadounidense Lawrence Klein, Premio Nobel de Economía, que proponía contrarrestar la inflación con la reactivación productiva, la reorganización del Estado, la preferencia por el mercado interno y un acuerdo político de respaldo que reuniría el poder de los ricos con los votos de los pobres. Menem resumió la intención en las promesas de la "revolución productiva" y el "salariazo", que hoy en día figuran como emblemas de las promesas incumplidas de campaña. Aquel 23 de mayo, en el Festival de Cannes, la Palma de Oro, máxima distinción, fue para *Sexo, mentiras y video*. Carcajadas de la historia. Antes de ir a B&B, ese mismo día, Menem se reunió con el grupo "Las Marías", donde revistaban Amalia Fortabat, Francisco Macri, Carlos Bulgheroni, entre otros. A la salida, la emperatriz del cemento definió la esencia de la intención: "El presidente electo nos ha hecho saber que va a cumplir tanto con la deuda interna como con la deuda externa". Ninguno hacía referencia por entonces al costo social, porque el país se consumía a diario por una hiperinflación que devoraba a la administración alfonsinista y desvelaba a los argentinos con una pesadilla que aún hoy pesa sobre las decisiones colectivas. Menem, lo mismo que Alfonsín, no tenía respuestas propias para salir del círculo vicioso que, como la baba del sapo, había rodeado a la refundación de la democracia con la avaricia de los mismos que hacían negocios en felicidad mientras los terroristas de Estado comerciaban con el horror de los años de plomo.

Fue ese primer semestre de 1989, más que cualquier operador del entorno presidencial, el que abrió las puertas al "modelo", a fuerza de "golpes de mercado" que descalabraron el final del primer sexenio de la democracia "para cien años". Esos mismos intereses que dominaron los años '90, con los resultados harto conocidos de injusticia social, nunca más abandonaron la política del garrote. A principios de esta última semana, un "experto" norteamericano y un vocero local de un banco transnacional intimaron al flamante gobierno electo a someter las decisiones económico-sociales futuras al test de aprobación de los mayores grupos financieros.

El "modelo" quiere seguir sin cambios, aunque su principal servidor político no haya podido conseguir la segunda reelección. Para sus beneficiarios es más fácil que hace once años, porque han ganado posiciones de poder, y también más difícil porque la miseria de millones de personas asfixia la dignidad nacional y amenaza con la anarquía de la desesperación. Como en la historia del "Big Bang", ahora se sabe cuándo empezó; pero queda abierto otro enigma: ¿cuándo terminará?

Los espejos de Buckingham



Almuerzo en palacio: Carlos Menem y la reina Isabel II de Inglaterra, octubre 28 del '98.

errores de pronunciación en tres palabras que, sin embargo, no tenían importancia para los anfitriones: aquel hombrecito parado en los jardines de la Casa Blanca junto al gigantón, al ex jefe de la CIA, había hecho, él, el esfuerzo. El esfuerzo del idioma, en ese caso. El esfuerzo de no haber pedido nada a los Estados Unidos, en otro caso –cuando antes la tradición era reclamar ayuda o condonación de deuda–, para que quedase claro que era nada menos que un peronista quien había pulverizado la rutina.

Con el mismo criterio de acto más *acting* Menem quedó como el latino distinto, el único presidente de América latina que criticaba a Fidel Castro mientras el resto se prometía hacerlo en el futuro sólo a cambio de que la Casa Blanca levantase el embargo. Y fue más allá, recibiendo al anticastrista más feroz de todos, Jorge Mas Canosa, primero en el Waldorf Astoria y después en la Casa Rosada, de donde el cubano salió provisto de la patente para desplegar negocios en la Argentina con la ayuda de Adelina de Viola y José Luis Manzano.

Hacia afuera de la Argentina, Menem eligió acompañar la diplomacia con su propio show. Hacia adentro, presentó la política exterior como si el show personal fuese el precio de lo que llamaba, con tono rimbombante, "la reinserción argentina en el mundo".

En realidad, era solamente una forma de adaptarse a la personalización y la *photo opportunity* con líderes de todo el planeta que dan su tono humano al avance de lo que el mundo financiero llama, sin nombre y apellido, *los mercados*.

El fondo es otro: en estos diez años no hubo relación más carnal que la capitalización de la deuda, el canje de títulos por activos físicos de empresas públicas. Así la Argentina pagó el capital, y no sólo los intereses. Menem no sólo siguió la corriente. Trató de distinguirse como un remero olímpico.

¿Le bastará para permanecer en el corazón del establishment, aquí y afuera, si es que antes derrota a los condes peronistas de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe?

Hasta ahora Menem lo hizo. Pero su amigo Carlos Salinas de Gortari, el Menem de México, no llegó. Los de Buckingham no son los únicos espejos donde mirarse.

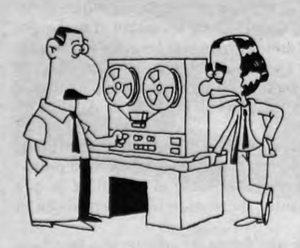












El cruzado contra el aborto

Por Osvaldo Bayer

Hay temas, expresiones, decisiones que pintan con más nitidez el carácter de un gobierno o de un mandatario que todo un programa económico o una política social. Por ejemplo, para dibujar la figura moral de Menem se presta menos su programa económico porque en sí su marcha hacia el neoliberalismo económico es el resultado final al que llega todo populismo cuando le toca una época de vacas flacas. O el caso de los indultos no es otra cosa que develar la vieja raíz militarista del peronismo que nació en el golpe del 4 de junio de 1943. En las dos cosas hay un juego político de oportunismos a que nos tienen acostumbrados desde siempre las ideologías diferentes del capitalismo. Pero hay un hecho que pinta de cuerpo entero al menemismo, y en particular a su mentor, Menem, que aparentemente sería un hecho de menor trascendencia pero que demuestra como ninguno la profundidad de la caída moral. Es la posición que tomó el presidente Carlos Saúl Menem con respecto al aborto.

Su repentina pública excomunión del aborto quedó en la opinión pública como un oportunismo más, tal vez el más sucio de todos, al que recurrió quien debiera ser el buscador incesante de las opciones más sabias aconsejadas por la experiencia de los pueblos.

Sentirse de pronto un cruzado contra el aborto sacando de la manga argumentos oscuros y teológicos que amenazan con la espada de fuego divino a todo aquel que se considere con derecho a discutir el tema, no puede sonar sino a demagogia barata y a una moral manoseada de bragueta. La sociedad moderna, en la última década, ha asistido a una discusión profunda y sabia sobre el doloroso problema nunca solucionado del aborto. Se esgrime la palabra pecado en vez de sopesar con sabiduría y bondad las investigaciones científicas y éticas que tratan de la defensa de la mujer, principalmente de la mujer joven y pobre. Terminar toda discusión con la amenaza del infierno wojtiliano es volver a siglos del oscurantismo y de la crueldad. El señor presidente de los argentinos, que nos merecemos, en vez de convocar a quienes han estudiado el tema desde todos los ángulos sociales, históricos, éticos, médicos, etc. como lo han hecho otros pueblos que tomaron en serio el problema y pasaron años y años escuchando y sopesando, comenzó a balbucear falsas verdades fabricadas en oscuros confesionarios y trastiendas de altares del irracionalismo y del miedo y la ignorancia. O del más mezquino oportunismo.

La conducta del menemismo sobre un tema tan vital, que atañe tanto a la mujer, es lamentable y sobradamente ignorante. El jeque de Anillaco –con plataforma aérea y palacio de cristales– alza el dedo apocalíptico para anatemizar a todo aquel que busca una solución de un problema inmensamente humano, demasiado humano, que nos atañe a todos, para no caer en equívocos e injusticias. En vez de atender a quienes se hallan a la vanguardia todos los días en ese frente de la miseria que son nuestras villas de emergencia, con sus cientos y cientos de niños sin ningún futuro –y pensamos aquí en esos seres tan entregados al azar de la crueldad y a la impavidez criminal como son las niñas de esos ambientes–, al presidente argentino se le dio en crear, por encima del Papa, el "Día del Niño no Nato" y precisamente lo instituyó para el 25 de marzo, el día de la "Anunciación de la Virgen María". Sobre oportunismo y ridiculez creo que los argentinos salimos campeones olímpicos, mundiales y posconciliares. El anuncio lo hizo Menem al cardenal Angelo Sodano en un almuerzo en la Santa Sede. La crónica periodística pone de relieve que el presidente de ¡Argentina! ¡Argentina! hizo ese anuncio después de haber compartido un menú con el representante papal consistente en "ensalada de langosta a la mediterránea con salsa citronette, tortellini de pescado con mariscos, lubina al vapor con salsa y guarnición de verdura y babaroise de frambuesa con salsa de frutillas del bosque, todo con vinos chablis y cabernet sauvignon y champagne extra brut". Menú completo. Esa noche, los niños del "segundo conurbano" comían, de soberbios tachos de basura ciudadanos, "pan comido de McDonald's a la Villa Fiorito". Somos todos argentinos. El cinismo, el descaro, la desvergüenza. La crueldad, la impiedad, el sadismo.

Pero faltaba todavía el detalle que pusiera el punto a la i de toda esta feroz tilinguería: la ex esposa del excelentísimo señor presidente de todos los argentinos declaró ante la prensa que el creador del "Día del Niño por Nacer" la había acompañado a hacerse un aborto. La señora Zulema Yoma. Parece un cuento garcía-marquezco. Pero no, es argentino. Como todos nosotros.

Carlos Saúl Menem, cruzado contra el aborto. El Presidente que merecimos.



El "Día del Niño no Nato", uno de los regalos de Menem al Papa.



Pájaros

"Quiero darle u
al final del prim
pensó Carlos, y

"No puedo ver
–dijo al abrir la
"No es perdón,

Y soltó a Camp
y a Videla tamb
que es asesino,

–no importan lo
Mas Carlos con
y tuvo paz por l

Liquidado el pa
los restos de pa
Tan necio e irre

la estúpida cues
Y fue en el exte
confundiendo a

Pero el pueblo
y volvieron los
a su podrida jau

Hoy ya Carlos
segura y tiene
la Justicia: la ja

Y sucedió algo
por última vez
y al pasar, lo ca

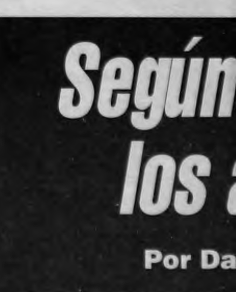












Según los a

Por Da








El cruzado contra el aborto

Por Osvaldo Bayer

Hay temas, expresiones, decisiones que pintan con más nitidez el carácter de un gobierno o de un mandatario que todo un programa económico o una política social. Por ejemplo, para dibujar la figura moral de Menem se presta menos su programa económico porque en sí su marcha hacia el neoliberalismo económico es el resultado final al que llega todo populismo cuando le toca una época de vacas flacas. O el caso de los indultos no es otra cosa que develar la vieja raíz militarista del peronismo que nació en el golpe del 4 de junio de 1943. En las dos cosas hay un juego político de oportunismos a que nos tienen acostumbrados desde siempre las ideologías diferentes del capitalismo. Pero hay un hecho que pinta de cuerpo entero al menemismo, y en particular a su mentor, Menem, que aparentemente sería un hecho de menor trascendencia pero que demuestra como ninguno la profundidad de la caída moral. Es la posición que tomó el presidente Carlos Saúl Menem con respecto al aborto.

Su repentina pública excomunión del aborto quedó en la opinión pública como un oportunismo más, tal vez el más sucio de todos, al que recurrió quien debiera ser el buscador incesante de las opciones más sabias aconsejadas por la experiencia de los pueblos.

Sentirse de pronto un cruzado contra el aborto sacando de la manga argumentos oscuros y teológicos que amenazan con la espada de fuego divino a todo aquel que se considere con derecho a discutir el tema, no puede sonar sino a demagogia barata y a una moral manoseada de bragueta. La sociedad moderna, en la última década, ha asistido a una discusión profunda y sabia sobre el doloroso problema nunca solucionado del aborto. Se esgrime la palabra pecado en vez de sopesar con sabiduría y bondad las investigaciones científicas y éticas que tratan de la defensa de la mujer, principalmente de la mujer joven y pobre. Terminar toda discusión con la amenaza del infierno wojtiliano es volver a siglos del oscurantismo y de la crueldad. El señor presidente de los argentinos, que nos merecemos, en vez de convocar a quienes han estudiado el tema desde todos los ángulos sociales, históricos, éticos, médicos, etc. como lo han hecho otros pueblos que tomaron en serio el problema y pasaron años y años escuchando y sopesando, comenzó a balbucear falsas verdades fabricadas en oscuros confesionarios y trastiendas de altares del irracionalismo y del miedo y la ignorancia. O del más mezquino oportunismo.

La conducta del menemismo sobre un tema tan vital, que atañe tanto a la mujer, es lamentable y sobradamente ignorante. El jeque de Anillaco –con plataforma aérea y palacio de cristales– alza el dedo apocalíptico para anatemizar a todo aquel que busca una solución de un problema inmensamente humano, demasiado humano, que nos atañe a todos, para no caer en equívocos e injusticias. En vez de atender a quienes se hallan a la vanguardia todos los días en ese frente de la miseria que son nuestras villas de emergencia, con sus cientos y cientos de niños sin ningún futuro –y pensamos aquí en esos seres tan entregados al azar de la crueldad y a la impavidez criminal como son las niñas de esos ambientes–, al presidente argentino se le dio en crear, por encima del Papa, el "Día del Niño no Nato" y precisamente lo instituyó para el 25 de marzo, el día de la "Anunciación de la Virgen María". Sobre oportunismo y ridiculez creo que los argentinos salimos campeones olímpicos, mundiales y posconciliares. El anuncio lo hizo Menem al cardenal Angelo Sodano en un almuerzo en la Santa Sede. La crónica periodística pone de relieve que el presidente de ¡Argentina! ¡Argentina! hizo ese anuncio después de haber compartido un menú con el representante papal consistente en "ensalada de langosta a la mediterránea con salsa citronette, tortellini de pescado con mariscos, lubina al vapor con salsa y guarnición de verdura y babaroise de frambuesa con salsa de frutillas del bosque, todo con vinos chablis y cabernet sauvignon y champagne extra brut". Menú completo. Esa noche, los niños del "segundo conurbano" comían, de soberbios tachos de basura ciudadanos, "pan comido de McDonald's a la Villa Fiorito". Somos todos argentinos. El cinismo, el descaro, la desvergüenza. La crueldad, la impiedad, el sadismo.

Pero faltaba todavía el detalle que pusiera el punto a la i de toda esta feroz tilinguería: la ex esposa del excelentísimo señor presidente de todos los argentinos declaró ante la prensa que el creador del "Día del Niño por Nacer" la había acompañado a hacerse un aborto. La señora Zulema Yoma. Parece un cuento garcía-marquezco. Pero no, es argentino. Como todos nosotros.

Carlos Saúl Menem, cruzado contra el aborto. El Presidente que merecimos.



El "Día del Niño no Nato", uno de los regalos de Menem al Papa.

Pájaros

Por Juan Sasturain

"Quiero darle una sorpresa a la gente
al final del primer año de reinado"
pensó Carlos, y ya lo tenía en mente.

"No puedo ver ni un pájaro enjaulado"
–dijo al abrir la puerta de las fieras–.
"No es perdón, sino indulto negociado."

Y soltó a Camps, dejó libre a Massera,
y a Videla también, un genocida
que es asesino, lo será y lo era,

–no importan los indultos– de por vida.
Mas Carlos contempló la jaula abierta
y tuvo paz por la misión cumplida.

Liquidado el país, puso en oferta
los restos de paciencia y la memoria.
Tan necio e irresponsable, dio por muerta

la estúpida cuestión, cerró la historia.
Y fue en el exterior campeón de teto,
confundiendo agacharse con la gloria.

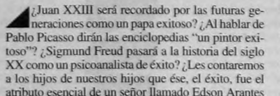
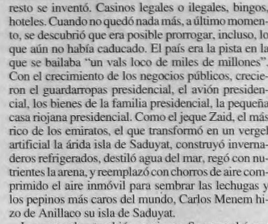
Pero el pueblo no se quedó quieto
y volvieron los pájaros de raza
a su podrida jaula, y sin asueto.

Hoy ya Carlos perdió, no tiene casa
segura y tiene miedo que lo coma
la Justicia: la jaula lo amenaza.

Y sucedió algo que parece broma:
por última vez salió a la Plaza
y al pasar, lo cagaron las palomas.

Enturbiado por los éxitos

Por Susana Viau

¿Juan XXIII será recordado por las futuras generaciones como un papa exitoso? ¿Al hablar de Pablo Picasso dirán las enciclopedias "un pintor exitoso"? ¿Sigmund Freud pasará a la historia del siglo XX como un psicoanalista de éxito? ¿Les contaremos a los hijos de nuestros hijos que ése, el éxito, fue el atributo esencial de un señor llamado Edson Arantes do Nascimento, Pelé? No parece un adjetivo feliz. Pero Carlos Menem lo utilizó hasta el abuso para –¡oh, vanidad!– referirse a sí mismo: "soy un presidente exitoso". En estos años la fórmula cosechó, invariablemente, el festejo barullero del entorno, cantantes bailanteros, presentadores de tevé, actrices de revista, peluqueros personales, propietarios de cabaret, políticos sin destino fuera del paraíso menemista, y la aprobación condescendiente de un empresariado codicioso, beneficiario de sus designios. Auditorio perfecto, mandado a hacer para paladear hasta la última gota ese placer menor, contracara del triunfo o de la gloria.

"No me gusta perder ni a las bolitas", "Entré por la puerta grande. Voy a salir por la puerta grande", "No me llegan ni a los talones" no eran más que faroles, jactancias de un hombre de la derecha que carece del refinamiento espiritual de la derecha linajuda. Tonterías, al fin de cuentas. "Soy un presidente exitoso", en cambio, fue una imprudencia. La palabra es acto y en la noción de éxito estaba la esencia de la feroz relación presidencial con el poder, la manera de ejercerlo, la impronta de la década. Deslumbrados unos, anonadados otros, nadie reparó en la densidad de la frase chocante. Pero, implacable, el Diccionario de la Real Academia había definido: "Fin o terminación de un negocio o asunto. Resultado feliz de un negocio o actuación". Eso es, puro y duro, el éxito.

Sin querer, Carlos Menem había dado él mismo la clave de sus dos períodos de gobierno: una colección de negocios. Se vendió, se concesionó y se gerenció lo vendible, concesionable y gerenciable. Lo que estaba por encima y por debajo de la tierra, los teléfonos, los canales, el agua, la luz, el oro, los trenes, los aviones, el petróleo, la salud, las armas, los bancos. El resto se inventó. Casinos legales o ilegales, bingos, hoteles. Cuando no quedó nada más, a último momento, se descubrió que era posible prorrogar, incluso, lo que aún no había caducado. El país era la pista en la que se bailaba "un vals loco de miles de millones". Con el crecimiento de los negocios públicos, crecieron el guardarropas presidencial, el avión presidencial, los bienes de la familia presidencial, la pequeña casa riojana presidencial. Como el jeque Zaid, el más rico de los emiratos, el que transformó en un vergel artificial la árida isla de Saduyat, construyó invernaderos refrigerados, destiló agua del mar, regó con nutrientes la arena, y reemplazó con chorros de aire comprimido el aire inmóvil para sembrar las lechugas y los pepinos más caros del mundo, Carlos Menem hizo de Anillaco su isla de Saduyat.

Las sospechas también crecieron. Se sospechó que el oscuro abogado, el gobernador a quien, según su misma hija, le costó un riñón ahorrarles penurias y hambrunas durante su encarcelamiento, es hoy un hombre rico. Se sospechó que la enorme villa de Malalula, lugar de descanso de los árabes poderosos, le pertenecía, igual que la mansión de Belgrano o el palacete de Barrio Parque. Sin embargo, el Presidente, a punto de dejar el cargo, duda, desparrama sus pertenencias, los animalitos de su zoológico privado, los regalos, las fotografías, los palos de golf, los recuerdos del poder. Es curioso, Carlos Menem sabe de dónde viene pero no sabe dónde irá. No tiene refugio legítimo. El descendiente de Mahoma ha vuelto a sus remotos orígenes, a las raíces a las que había renunciado. Es un nómade. Claro, ése es su problema. El nuestro, la pesada herencia de diez años de destrucción de la política como cristalización de las ideas y su reemplazo por la sacralización del negocio. Ch. Doughty, mentor del coronel Lawrence y uno de los arquitectos del servicio secreto inglés, solía decir con admiración que los semitas –tironeados entre el islam y el petróleo-parecían sentados sobre una cloaca pero tenían la frente apoyada en el cielo. El presidente que sale nos deja plantados frente un espejo que, enturbiado por los éxitos, nos devuelve, invertida, la imagen descripta por el maestro de los espías.




"Soy un presidente exitoso." La impronta de la década y de su relación con el poder feroz.







Según pasan los años

Por Daniel Paz















Por Juan Sasturain

na sorpresa a la gente
er año de reinado"
ya lo tenía en mente.

ni un pájaro enjaulado"
puerta de las fieras–.
sino indulto negociado."

s, dejó libre a Massera,
ién, un genocida
o será y lo era,

s indultos– de por vida.
templó la jaula abierta
a misión cumplida.

ís, puso en oferta
ciencia y la memoria.
sponsable, dio por muerta

tión, cerró la historia.
rior campeón de teto,
gacharse con la gloria.

no se quedó quieto
pájaros de raza
la, y sin asueto.

perdió, no tiene casa
niedo que lo coma
ula lo amenaza.

que parece broma:
alió a la Plaza
garon las palomas.

Entubiado por los éxitos

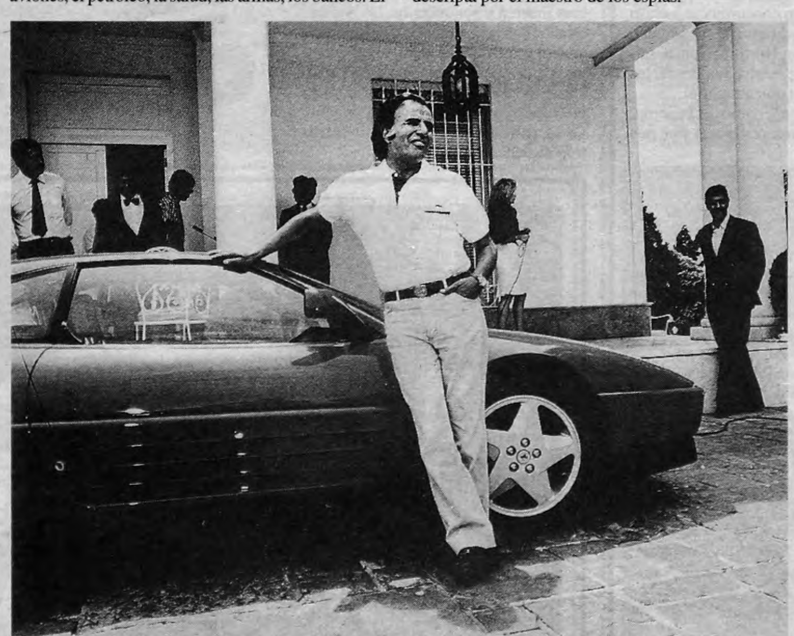
Por Susana Viau

¿Juan XXIII será recordado por las futuras generaciones como un papa exitoso? ¿Al hablar de Pablo Picasso dirán las enciclopedias "un pintor exitoso"? ¿Sigmund Freud pasará a la historia del siglo XX como un psicoanalista de éxito? ¿Les contaremos a los hijos de nuestros hijos que ése, el éxito, fue el atributo esencial de un señor llamado Edson Arantes do Nascimento, Pelé? No parece un adjetivo feliz. Pero Carlos Menem lo utilizó hasta el abuso para –¡oh, vanidad!– referirse a sí mismo: "soy un presidente exitoso". En estos años la fórmula cosechó, invariablemente, el festejo barullero del entorno, cantantes bailanteros, presentadores de tevé, actrices de revista, peluqueros personales, propietarios de cabaret, políticos sin destino fuera del paraíso menemista, y la aprobación condescendiente de un empresariado codicioso, beneficiario de sus designios. Auditorio perfecto, mandado a hacer para paladear hasta la última gota ese placer menor, contracara del triunfo o de la gloria.

"No me gusta perder ni a las bolitas", "Entré por la puerta grande. Voy a salir por la puerta grande", "No me llegan ni a los talones" no eran más que faroles, jactancias de un hombre de la derecha que carece del refinamiento espiritual de la derecha linajuda. Tonterías, al fin de cuentas. "Soy un presidente exitoso", en cambio, fue una imprudencia. La palabra es acto y en la noción de éxito estaba la esencia de la feroz relación presidencial con el poder, la manera de ejercerlo, la impronta de la década. Deslumbrados unos, anonadados otros, nadie reparó en la densidad de la frase chocante. Pero, implacable, el Diccionario de la Real Academia había definido: "Fin o terminación de un negocio o asunto. Resultado feliz de un negocio o actuación". Eso es, puro y duro, el éxito.

Sin querer, Carlos Menem había dado él mismo la clave de sus dos períodos de gobierno: una colección de negocios. Se vendió, se concesionó y se gerenció lo vendible, concesionable y gerenciable. Lo que estaba por encima y por debajo de la tierra, los teléfonos, los canales, el agua, la luz, el oro, los trenes, los aviones, el petróleo, la salud, las armas, los bancos. El resto se inventó. Casinos legales o ilegales, bingos, hoteles. Cuando no quedó nada más, a último momento, se descubrió que era posible prorrogar, incluso, lo que aún no había caducado. El país era la pista en la que se bailaba "un vals loco de miles de millones". Con el crecimiento de los negocios públicos, crecieron el guardarropas presidencial, el avión presidencial, los bienes de la familia presidencial, la pequeña casa riojana presidencial. Como el jeque Zaid, el más rico de los emiratos, el que transformó en un vergel artificial la árida isla de Saduyat, construyó invernaderos refrigerados, destiló agua del mar, regó con nutrientes la arena, y reemplazó con chorros de aire comprimido el aire inmóvil para sembrar las lechugas y los pepinos más caros del mundo, Carlos Menem hizo de Anillaco su isla de Saduyat.

Las sospechas también crecieron. Se sospechó que el oscuro abogado, el gobernador a quien, según su misma hija, le costó un riñón ahorrarles penurias y hambrunas durante su encarcelamiento, es hoy un hombre rico. Se sospechó que la enorme villa de Maalula, lugar de descanso de los árabes poderosos, le pertenecía, igual que la mansión de Belgrano o el palacete de Barrio Parque. Sin embargo, el Presidente, a punto de dejar el cargo, duda, desparrama sus pertenencias, los animalitos de su zoológico privado, los regalos, las fotografías, los palos de golf, los recuerdos del poder. Es curioso, Carlos Menem sabe de dónde viene pero no sabe dónde irá. No tiene refugio legítimo. El descendiente de Mahoma ha vuelto a sus remotos orígenes, a las raíces a las que había renunciado. Es un nómade. Claro, ése es su problema. El nuestro, la pesada herencia de diez años de destrucción de la política como cristalización de las ideas y su reemplazo por la sacralización del negocio. Ch. Doughty, mentor del coronel Lawrence y uno de los arquitectos del servicio secreto inglés, solía decir con admiración que los semitas –tironeados entre el islam y el petróleo– parecían sentados sobre una cloaca pero tenían la frente apoyada en el cielo. El presidente que sale nos deja plantados frente un espejo que, enturbiado por los éxitos, nos devuelve, invertida, la imagen descripta por el maestro de los espías.



"Soy un presidente exitoso." La impronta de la década y de su relación con el poder feroz.







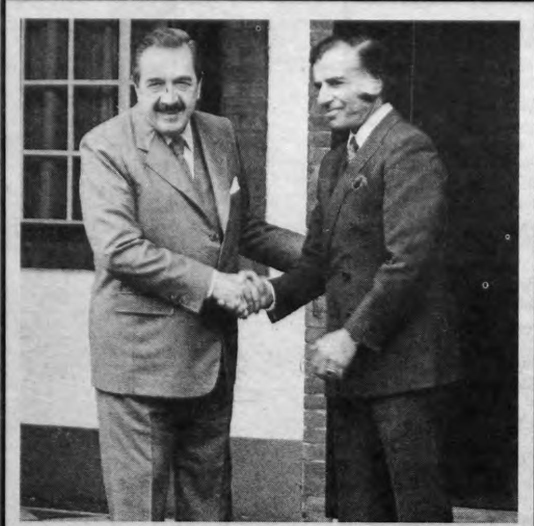

pasan
años

niel Paz







Alfonsín y Menem en Olivos, dándole un Viagra a la re-re.

Por Rudy

No fue fácil decidir cuál fue el momento culminante de la década menemista que acaba de finalizar, mal que le pese a su principal protagonista.

Hubo momentos inolvidables desde el punto de vista científico, como cuando el presidente dijo que se podrá llegar a Japón en una hora y media vía la estratósfera, como Buzz Lightyear el de Toy Story, cuando grita "¡Al infinito y más allá!", aunque en este caso nadie está detrás del presidente diciendo "¡Eres un juguete!". O cuando el mismísimo Ministro Cavallo mandó a los científicos a lavar los platos. Asumo que con estos dos ejemplos basta para demostrar que científicamente la Argentina llegó a niveles que las grandes potencias no digo que envidiarían, pero al menos mirarían con estupefacción.

Desde el punto de vista de la globalización también hubo grandes momentos: demostramos una tolerancia sin igual al permitir a un coronel sirio que no entendía una letra de castellano hacerse cargo de nuestra Aduana; les enviamos ositos Winnie the Pooh a los kelpers, y armas a Ecuador y a Croacia. Tuvimos visitantes ilustres como Monzer al Kassar, Oviedo, los Escobar. Incluso participamos de conflictos internacionales como la Guerra del Golfo, con nuestras venerables Spiro y Alte. Brown, que nada tienen que envidiarle a los grandes barcos de este siglo, como el Titanic.

También desde lo religioso ha sido una época increíble: primero San Cayetano, más exitoso que nunca, superando en concurrencia incluso a los jóvenes dioses de los noventa, como Ricky Martin o Luis Miguel. Y ahora, sobre el final, ¡un santo argentino: San Héctor! ¡Nunca, salvo en los tiempos del primer peronismo, en que estaba San Perón, los argentinos disfrutamos de un santo vernáculo a quien rogarle!

Todo esto es importante, pero "puestos a elegir", como decía Serrat, entiendo que el momento máximo, el más representativo, el sine qua non del menemismo, fue el Pacto de Olivos.

¿Por qué sostengo semejante afirmación, que al lado de los hechos internacionales, científicos y religiosos ya mencionados, aparecería como "un logro más", un simple ítem dentro de esa gran lista de "Menem lo hizo" que nos ofrecieran hace unos meses? Porque no es un triunfo más, una nueva zancadilla a la oposición, un nuevo sapo de esos que tanto deglutimos a lo largo de estos diez años: el Pacto de Olivos fue *la* llave que le permitió al presidente entrar a la puerta grande de la reelección, y sólo Él y él saben (Él y él son Dios y el presidente) cuánto ansiaba el presidente tener otros cuatro años de sillón de Rivadavia: casi tanto como, ahora, tener otros cuatro más.

Eran tiempos extraños: los peronistas ganaban por primera y única vez en la Capital, a pesar de la extraña sonrisa del primer candidato, Erman González, y de que la extraña fórmula electoral Erman-Toma

Para mí, fue el Pacto

no hablaba demasiado bien de la sobriedad de los candidatos. Daniel Paz y yo hacíamos chistes sobre las quejas de la Iglesia porque los radicales ponían primero a Mercader y después a Jesús (Rodríguez) en su lista. Fue cuando el presidente, al salir de la operación de la carótida, saludó "a todos los terráqueos".

El Pacto de Olivos fue un quiebre, fue mostrarle al mundo que "si llegar es fácil, lo difícil es quedarse", él se iba a quedar; que si Alfonsín se fue seis meses antes, él se iba a ir cuatro años después. U ocho, doce, veinte, nadie podía saberlo entonces.

El pacto de Olivos fue como la Fuente de la Juventud, el antioxidante, el Viagra de las intenciones reeleccionistas. Fue decirles a los peronistas: yo soy como el General, yo también reformo la Constitución, como él la del '49 (con perdón del Estado, de los derechos laborales y de Evita por las comparaciones que, sabemos, siempre son odiosas). Fue mirar a sus colegas desde arriba (del sillón) y espetarles: ¡ustedes fueron presidentes una sola vez, yo puedo ser dos veces chiva, chiva! Fue mirar con sorna a Duhalde y decirle: "Si querés perder las elecciones presidenciales vas a tener que esperar seis años más". Fue poder proyectar aeroíslas, autopistas, privatizaciones, viajes, escándalos a piacere. Fue imaginarse durante seis años más caricaturizado por los humoristas gráficos, el sueño de cualquier político que se precie de tal ¿o me equivoco?

Su hora más gloriosa

Por Rodrigo Fresán

Llegarán los días en que las caravanas se detendrán alrededor de los fuegos de un desierto que alguna vez fue país y los ancianos intercambiarán historias de Menem y el menemismo y el menemato con la pasión desesperada y coleccionista de quienes saben que se enfrentan al infinito de los granos de arena o de las estrellas. Competirán entonces por saberse dueños del momento mejor y perfecto y definitivo de todo el asunto sabiendo que se trata de una empresa imposible. Así, el menemismo como lo inabarcable, como lo que no tiene sentido separar en partes porque esas partes se buscarán para volver a unirse. Si se corta una cabeza de la bestia es probable –es seguro– que crecerán cinco y qué sentido tiene comerse los ingredientes de un Big Mac por separado cuando su gloria y su imposible realidad reside en masticar todo al mismo tiempo.

El problema de hacer memoria en lo que a la Era de Menem se refiere tiene que ver con la sistematización del caos: no es posible, los recuerdos y los hechos se mezclan, las biografías del hombre ya son viejas a los cinco minutos de salir. Menem & Co. –como mito ancestral y leyenda humana– es todo junto y al mismo tiempo. Y hay tanto para recordar como si hubiera sido ayer o como si fuera a ser mañana. Pocos presidentes argentinos han regalado tanto material para su casi inmediata conversión a épica demencial; pocos presidentes argentinos han aguantado tantos años en ese sillón, hay que decirlo. Ah, las mil y una noches colifas del califato. De este modo, como en un remolino, giran las ruedas de la Ferrari Testa Rossa, ruedan las cabezas de ministros y amiguetes y amiguitas siempre dueños de personalidades únicas y desopilantes donde la amoralidad era apenas neutralizada por la potencia del absurdo y corrupto sainete, Zulemita se copia en un examen, Zulemota es expulsada del palacio, la muerte de Junior se convierte en virtual Expediente X, el indulto se propone como los verdes ensolves de Drive, los shoppings se reproducen, los hombres mueren y son muertos, las bombas estallan con la prepotencia de lo que nunca será aclarado y en algún lugar Sócrates decide escribir libros para poder gozar del sitial de escritor de cabecera de un presidente con implantes capilares que, a veces, parecían estar vivos como monstruo de película clase B.

Estas son, apenas, algunas de las historias que surgen junto al fuego cuando se trata de recordar los dorados y las lentejuelas de un momento de años donde el hecho de que un dólar valiera un peso (carcajadas incrédulas de los viajeros que ahora escuchan esto) permitió tantas cosas y dio permiso para tantas otras. Sí, es tan fácil recordar momentos definitivos y definitorios. Hay tantos. Me pregunto si alguna vez podremos dejar de hablar de Menem. Me contesto si su ambiguo logro, su secreta maldición, no habrá sido la de instalarse como sujeto, adjetivo y verbo en nuestro inconsciente colectivo donde nunca hay asiento libre para demostrarnos que todo es posible y, por lo tanto, irreal. El menemismo como ese estado mental donde todo podía suceder y, por lo tanto, sucedía. Una ficción verdadera en la que nos guste o no, a favor o en contra, todos fuimos un poco personajes.

Por eso, acaso para intentar conjurarlo de una buena vez por todas y extirparlo de mi memoria, lejos de la facilidad del absurdo y la indignación y el asco –y porque los dioses siempre recomiendan recordar sin ira a aquellos que ya no están–, a la hora de mi turno frente a la hoguera me permitiré invocar la memoria de un gran momento. Su hora más gloriosa: Menem bombardeando con su propia medicina a los militares rebeldes desde la vereda de enfrente. Bombas y balas cayendo sobre el edificio del Comando en Jefe del Ejército. Cara pintadas súbitamente pálidos sin entender lo que estaba ocurriendo, sin poder creer que alguien les cambiara así las páginas de un guión de décadas donde ellos eran los buenos y los buenos siempre ganaban.

Años atrás, yo había vuelto de un lugar llamado Pinamar convocado por otro presidente del que, sí, no me acuerdo casi nada, para escuchar –en una plaza llena y fervorosa y con ganas de creer– la mentira de que la casa estaba en orden. Ahora –entonces– yo miraba por televisión a esos soldados de la nada intentando esquivar sus propias balas con la torpe velocidad de los que corren en las películas mudas pensando en que nunca hubiera creído que me iba a tocar ver algo así, que en eso que transmitían los canales había un poco de venganza largamente postergada y que la venganza, por fin, era un poco nuestra. No sé, la verdad que fue muy lindo.

Muchas gracias. Buena suerte. Hasta nunca.



Cierta vez, haciendo zapping, Menem emergió del aro.



Los carapintadas acabaron súbitamente pálidos, sin entender lo que estaba ocurriendo, sin poder creer que alguien les cambiara así el guión.

El guía extraviado

Por Julio Nudler

Con Menem, la Argentina emergió de la hiperinflación con los pasajes en el bolsillo para el Primer Mundo, convertida en un mercado emergente destinado a conquistar el *investment grade*, apto para atraer un alud de inversiones. Así, y bajo la conducción técnica de Domingo Cavallo, se puso en marcha en 1991 con la promesa de inflación cero y crecimiento sostenido de 10 por ciento anual. El ingreso per cápita taladraría pronto los 10 mil dólares anuales, derramándose hacia los pobres, que como anticipo recibían el beneficio de comprarse la heladera y el lavarropas en cuotas, pagándolas con salarios que ya no carcomía la inflación.

El éxito fulgurante del Plan de Convertibilidad fue funesto. Los argentinos volvieron a creer en el remedio definitivo para su secular fracaso económico, como en otras épocas habían confiado en los planes de Krieger Vasena, Gelbard, Martínez de Hoz o Sourrouille. Al final de cada una de esas experiencias, todo lo que quedó sobre la mesa pelada fue frustración. Ahora es igual, o incluso peor: sobreendeudado, con una sobrevaluación que parece imposible corregir, una desocupación que no cede, un déficit externo crónico y un rojo fiscal que es muy doloroso cerrar, nadie sabe a ciencia cierta cómo hará este país para mantener abierta su economía y poder competir.

Una vez más faltaron en la sociedad reflejos críticos profundos. Más allá de los ayes de quienes iban siendo aplastados por el modelo, no hubo quien se ocupara de pensar hacia dónde iba la Argentina. Los pocos que quisieron alzarse por encima de un corto plazo que ofrecía los argumentos demoledores de la estabilidad y la modernización no tuvieron quien los escuchara. En el gobierno nadie miraba más allá. En los partidos políticos tampoco. Los economistas exitosos, formados en universidades estadounidenses, aplaudían y pedían más. Los periodistas más o menos. No había espacio, entre la corrupción y el oportunismo, para detenerse a entender cuál era la dinámica en juego.

Menem ofreció el resplandor del ingreso de capitales, que operó como una inyección de euforia; el de un salto tecnológico en los servicios: este país, de pronto, tenía teléfonos tan buenos como los europeos, y todos los objetos de consumo del mundo en las vidrieras; estallaba la luz, después de los apagones alfonsinistas; el brillo privado desalojaba la lobreguez de lo estatal; la excitación de los shoppings y showcenters aturdía cualquier duda. Todo se podía comprar y todo estaba en venta: lacterías, editoriales, fábricas de alfajores, supermercados, bancos y, sobre todo, las empresas del Estado. Entre computadoras, Internet, TV satelital y celulares, los argentinos sobrevivientes ingresaron a la vorágine global.

Pero este espectáculo no es para todos sino para quienes pueden pagarlo. Lo que ahora falta saber es si se podrá evitar la quiebra, algo que ya depende más de los acreedores que del propio país. En medio de esta sensación más angustiosa que eufórica que rodea el reemplazo del ya desvencijado Menem por un dificultoso De la Rúa, la negación predomina sobre el coraje. La inviabilidad de largo plazo de la estrategia menemcavallista, que redujo el país a un triste proveedor de commodities, con su industria desarticulada y una pasiva absorción de tecnología, genera la tentación de apostar-



les más fichas a los mismos números para merecer la buena voluntad de la galaxia financiera y postergar el momento de la verdad.

El comienzo del fin para el Plan Cavallo ocurrió hace ya cinco años, cuando se cayó México. Pero fue precisamente entonces cuando, ante la evidencia de haber equivocado el camino, el electorado prefirió ratificarle la confianza al guía extraviado. Cuando éste finalmente se ha deshecho bajo el peso de sus culpas, sus carencias y sus errores, los sucesores prefieren cualquier salida antes que enfrentar el terrible costo de detener la marcha y pegar la vuelta. La pregunta postergada durante el menemismo: de qué va a vivir la Argentina y, por tanto, en qué van a trabajar los argentinos, vuelve a quedar postergada. Así podría suceder que el nombre de Machinea deba ser agregado en algún tiempo a la lista mencionada de los ministros que encontraron todo mal y lo dejaron peor.

El chico del pastel

Por José Pablo Feinmann

La chica que emerge del pastel es un clásico del cine. Está en todo tipo de películas. Musicales, comedias o de gángsters. La escena siempre se desarrolla en medio de alguna fiesta, ya que la chica del pastel es un toque de alegría, una sorpresa bonita e inesperada que se les entrega a quienes participan de esa fiesta. Acaso la que ustedes recuerden sea la que recuerdo yo: Debbie Reynolds en *Cantando bajo la lluvia*. La cosa es así: Debbie había llevado a Gene Kelly hasta una fiesta en una residencia de Hollywood. Ella le dice que no va a entrar porque es una actriz seria y desdeña esas fiestas. Se va con su pequeño auto. Gene entra a la fiesta y anda por ahí, algo perdido y triste. De pronto aparece un enorme pastel, se escucha un charleston y del pastel sale una chica que saluda y sonríe y es Debbie, la "actriz seria". Gene se burla algo de ella ("¿No era que sólo hacías obras de Shakespeare?") y luego la ve bailar el charleston y se enamora sin remedio alguno.

Cierta vez, haciendo zapping, me detengo en algo que anuncia ser un partido de básquet, deporte que no me interesa mucho pero, a veces, un poco. Ese día me interesó porque la cámara se detuvo ante un gran aro forrado en papel brillante. Por ahí habrían de salir a la cancha los jugadores. Me pareció original, me devastó la curiosidad y me olvidé del zapping. Y entonces los jugadores salieron. Salió el primero y el primero era el presidente de la República, de la nuestra, de la Argentina. Aparece rompiendo el papel destellante y surgiendo del aro tal como Debbie Reynolds surgía del pastel hollywoodense. ¡Aquí estoy yo! Era el chico del pastel. Era Carlos Menem y sonreía y hacía picar la pelota y así, sonriendo, fue hasta el centro de la cancha. Los otros jugadores lo rodearon y entonces, acaso patéticamente, algo se volvió notorio: el chico del pastel era mucho más bajito que los otros jugadores. Pero mucho. Todos saben que los jugadores de básquet son demasiado altos, y eso está bien porque tienen que meter la pelota en un aro que está allá arriba, un poco lejos. De modo que el chico del pastel se veía más bajito que nunca. Esta situación, sin embargo, no parecía incomodarlo. El era el rey de la fiesta. El había roto el círculo de papel brillante, él había salido primero a la cancha y él era el presidente de la República y tenía ganas de divertirse, de disfrutar de la fiesta. Incluso, jamás olvidaré esto, metió la pelota en el aro lanzándola desde mitad de cancha, cosa que muy pocos argentinos sabrían hacer.

Desde ese día, siempre que veo *Cantando bajo la lluvia*, siempre que la veo a Debbie Reynolds surgir del pastel, me acuerdo de Menem apareciendo a través del aro cubierto en papel brillante, sonriendo, haciendo picar la pelota, diciendo "aquí estoy yo y no me para nadie". Y así fue, no lo paró nadie. Porque nuestro chico del pastel no sólo surgió rutilante desde su interior, no sólo surgió para divertirse y divertir a los pocos invitados de la fiesta, sino que, además, se morfó el pastel. Por completo y se fue.



La revista que fue el house organ indudable de la era menemista, con su icono en la tapa.

La filosofía del tocador

Por Juan Forn

Dice la leyenda que el slogan con el cual Fontevecchia explicaba *Caras* en las febriles reuniones previas a su aparición era: "Mostrar el baño de las celebridades y a las celebridades en el baño". Lo que va de tan modestas aspiraciones a la canonización de la revista como indiscutible *house organ* del menemismo puede explicarse de varias maneras. Una lectura microeconómica diría que la estabilidad generó primero la ilusión y luego la realidad de tener más plata en mucha gente que sólo quería demostrarlo, de la manera más fulgurante posible. Una lectura geopolítica señalaría, en cambio, que la globalización que sobrevino con la caída del Muro y de la Unión Soviética necesitaba manifestarse rápido y en todos los terrenos para que el mensaje alcanzara la perentoria elocuencia deseada: el capitalismo salvaje era un capitalismo sin pudores ni vergüenza, que había dejado triunfalmente atrás los pruritos "sensibles" de Adam Smith; la ostentación era un requisito obligatorio en la nueva religión, para imponer autoridad. Una lectura más warholiana de la cuestión reduciría y simplificaría las cosas: un par de fotos en color equivalen a los reglamentarios quince minutos de fama que todo ignoto espera recibir después de la celebérrima sentencia del dios del pop. La máxima de Fontevecchia vendría a ser algo así como una perfecta frase desafortunada de Warhol. Y ya se sabe: las frases desafortunadas, cuando son perfectas, producen memorables cadenas de equívocos.

Dicen que el pasado muchas veces se beneficia de los defectos del presente: uno mira atrás y no puede evitar que una pátina de idealización lo mejore. Pero creo no pecar de nostálgico si digo que, hasta fines de los '80, cuando uno preguntaba qué quería ser, a cualquier persona que tuviera la vida por delante, no había la menor posibilidad de recibir como respuesta ese exabrupto que, poco después, comenzó a cundir como una epidemia: *Ser famoso*. Se podía decir: futbolista, músico. *Buen* futbolista o músico. Incluso *crack* de fútbol o *estrella* de rock. Pero lo notable de ese *quiero ser famoso* era la brutalidad con que obviaba todo paso intermedio. Ya no importaba siquiera la actividad, fuera cual fuere, sino el puro status. Con el advenimiento de *Caras*, este país generoso redefinió democráticamente el parnaso por excelencia del status en su versión más hueca: la revista *Hola*. Pero allí donde en la versión original aburrían los nobles (los reyes del ser sin hacer nada, salvo haber nacido), aquí brillaban los plebeyos. No los esforzados plebeyos que se habían *hecho* a sí mismos (esa expresión tan norteamericana: el *self-made man* como sinónimo de triunfador), sino una nueva raza. Sin ningún otro mérito visible más que sus modales cortesanos. Acorde, claro, a la corte a la que pertenecían. Porque *Caras* fue el escenario de un ménage-à-trois más bien indiscriminado: el de la nueva clase política con los dobles apellidos y la farándula mersona.

Dicen que, en los primeros tiempos de *Caras*, cuando la casa del entrevistado no cumplía los requisitos (pequeño paréntesis de lo más sugestivo: no era tanto el caso de las estrellitas televisivas en ascenso como de los *funcionarios* en ascenso: esa mutación genética que incorporó el Nuevo Orden a la especie definida por Fontevecchia como "celebridades"), la editorial enviaba un flete con muebles para "redecorar" el escenario de las fotos. Nunca hubo ni habrá mejoras tan temporarias: en cuanto se apagaban los flashes, el decorado era raudamente desmontado y partía junto con el fotógrafo de *Caras*. En los casos terminales de modestia hogareña, se alquilaba directamente un escenario ad hoc. Y, como en los cuentos de hadas, el entrevistado que posaba en casa ajena, por uno de esos misterios de la vida, terminaba logrando casita propia más temprano que tarde. Por lo general (he ahí otro misterio) la casita propia solía ser sugestivamente "mejor" que el simulacro de hogar cortesía de *Caras* (quizá para convencer a la gente de la revista para que volvieran a fotografiarlos).

> **Idea:** *Con "Caras", este país generoso redefinió democráticamente el parnaso por excelencia del status en su versión más hueca: la revista "Hola".*

En la nueva Argentina (la Argentina según *Caras*), todo era más lindo: para los párpados caídos, para los pechos exiguos, para las nalgas achatadas, para los labios inexistentes, siliconas y colágenos. A los hogares modestos también les picaba la avispa y los convertía en dúplexes, lofts, petit-hoteles, casaquintas: lo que puede la ciencia, o la suerte. En esa Argentina según *Caras*, la gente tenía costumbres un poco extrañas: se cambiaba de ropa cuando pasaba del dormitorio al living, del comedor al jardín. O directamente se despojaba de ropa, y era el turno de las sales espumosas, cuando llegaba la *grande finale* en el baño de la residencia.

En el número del 12 de noviembre de 1992, *Caras* relegó a un segundo plano una auténtica exclusiva (Neustadt y su esposa declarando desde Punta del Este: "Estamos orgullosos de que Kissinger haya usado nuestra cama") para anunciar con bombos y platillos en tapa: *Por primera vez el Presidente muestra la nueva quinta de Olivos*. Subtítulo: *Anfiteatro, caballeriza, campo de golf, casa de huéspedes, más 14 perros, decenas de canarios y ponies, que cría él mismo, conforman su hábitat.* (A propósito, no busquen en la declaración de bienes dada a conocer esta semana; si no hay rastros de canarios, ni perros ni ponies, es porque "los cría y después se los regala a los hijos de sus amigos", según *Caras*; en cuanto al caballo de carrera que sí figura en la declaración de bienes, no se sabe si fue criado en la casa de huéspedes de Olivos como una suerte de Míster Ed presidencial). En las coloridas páginas interiores de la revista, el entrevistado dice con orgullo: "Antes aquí no había nada. Construí una caballeriza donde sólo había barro, esto era una ruina. Había cucarachas, agua y tuvimos" (por favor, atención al uso de la primera persona del plural, ¿mayestático?) "que hacer a nuevo la casa de huéspedes donde me alojé mientras se refaccionaba el chalet presidencial". Como no podía ser de otra manera, el cronista enfatiza: "Menem no dejó ningún detalle de lado; hizo los baños a nuevo". Pero quizá porque ya en 1989 había recibido a la corresponsal del *Washington Post* apenas cubierto por una toallita, recién salido del baño y retozando sobre la cama de su suite, *Caras* hace una ilustre excepción a su regla de hierro: nos mezquina la visión del amo de casa en una bañadera llena de espuma. A cambio, ofrece una primicia inesperada. Menem dice, muy suelto de cuerpo: "Quizá yo me vaya y aún no esté todo terminado". Es justo reconocer que el fracaso de la re-re acortó el término del mandato que él se había propuesto. Quizás así hubiera alcanzado el éxito en su tarea: que, cuando se fuera, todo estuviese efectiva y lapidariamente terminado para todos los argentinos.

En cuanto a *Caras*, queda por ver si, a partir del 10 de diciembre, podremos valorar en su justa medida el servicio a la patria que prestó la revista todos estos años: cuando las producciones fotográficas que poblaron sus páginas sirvan como evidencia en los juicios penales a todas esas "celebridades". El ciclo de la revista debería cerrar entonces con la espectacularidad con que empezó: retratando otra vez a los susodichos en su nuevo hábitat. Siempre y cuando las autoridades carcelarias permitan las fotos en los baños.